

# TEATRO

## AGAMENÓN

Por Juan GARCÍA PONCE

LA ORESTIADA ES muy probablemente la más alta creación en la historia del teatro y una de las más grandes dentro de cualquier forma de arte. Con ella, Esquilo inventa, crea propiamente, el drama de acción. A lo largo de las tres tragedias que la forman —*Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*— asistimos a una auténtica narración en la que la acción se desenvuelve progresivamente, abarcando todas las posibles consecuencias del suceso que la provoca. Ya no se trata más del desarrollo de una situación frente a la que el poeta nos coloca para examinar todos sus elementos, como en *Prometeo encadenado*, *Los siete sobre Tebas* o *Las suplicantes*, sino de una serie de sucesos de los que somos testigos y cuya trascendencia y significado conoceremos. Todas las consecuencias del drama son examinadas por el autor. La casi increíble acumulación de horrores y hechos sangrientos jamás resulta gratuita. A través de ellos, Esquilo intenta penetrar el significado de una serie de rompimientos de índole cósmica. En la trilogía encontramos religión, psicología, drama social, investigaciones sobre el sentido último de la justicia y al final el enunciado de un sistema moral en el que se establece una forma de vivir, aclarando cómo deben ser las relaciones de los hombres con los hombres y los hombres con los dioses, expuesto maravillosamente en el juicio de Orestes realizado por la Furias, con Atenea como juez supremo. La suma de todos estos espantosos desastres termina, así, con el restablecimiento del orden, sobre bases más firmes que antes de su rompimiento y el propósito de la Tragedia se cumple en toda su magnitud. Estamos ante una visión ejemplar y general del mundo, de la que saldremos con un nuevo sentido de la realidad, que se nos ha revelado exclusivamente a través de la acción, por terrible que ésta parezca. La misión de los héroes trágicos se cumple perfectamente y su doloroso destino deviene revelación.

Ahora, en la Sala Villaurrutia y bajo la dirección de Pilar Souza, los alumnos de la Escuela de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes han llevado a la escena la primera obra de la trilogía: *Agamenón*. Teatralmente, de las tres, esta primera parte es la más difícil de la *Orestíada*. En ella, Esquilo revela todos los antecedentes del drama y la iniciación de la acción propiamente dicha se retarda con exceso. Durante más de la mitad de la obra presenciamos una serie de escenas en las que el Coro, el Mensajero y Clitemnestra revelan lo que ha pasado hasta entonces por medio de largos parlamentos en que la acción es casi nula y sólo se expone el marco en el que se desarrollarán los sucesos. Después, con la llegada de Agamenón, la acción se precipita y con un ritmo obsesionante presenciamos su entrada triunfal, la profecía de Casandra, el asesinato de los dos, la lucha entre Clitemnestra y los Viejos, y el restablecimiento momentáneo de la paz con la entrada final de Egisto. El ritmo de la ac-

ción dramática está desarrollado, pues, de acuerdo con la dimensión total de la trilogía, y en la representación aislada de esta sola obra resulta un tanto desequilibrado, aunque la intensidad general de la acción y la formidable belleza de los *raconti* justifican sobradamente su representación.

Pero, además, en la puesta en escena realizada en la Sala Villaurrutia, Pilar Souza ha sabido ver perfectamente esta peculiaridad y la ha solucionado en una forma admirable dividiendo los parlamentos que corresponden al Coro entre varios actores, con lo que se establece una especie de diálogo entre ellos que no sólo aligera el relato, sino que lo hace mucho más dramático al permitir una serie de matices particulares en cada parlamento. Con ser éste un indiscutible acierto, no es sin embargo el único en su dirección. Aparte de haber aligerado en esa forma la revelación de los antecedentes, Pilar Souza logró que el ritmo interior de la acción tenga en todo momento un equilibrio absoluto y la intensidad dramática aumente progresivamente siempre, no sólo por medio de la intensidad con que son dichos los parlamentos, sino también por la forma en que el movimiento escénico contribuye a acentuar el valor trágico de los acontecimientos. Al iniciarse la obra, este movimiento es mínimo y parece encaminado tan sólo a lograr un efecto plástico que determine el carácter ritual de la representación por medio de desplazamientos realizados en un orden casi geométrico. El Coro establece posiciones y gira pausadamente alrededor de la figura de Clitemnestra, situada como una especie de punto de referencia. Después, con la entrada de Agamenón, el movimiento se intensifica y adquiere un carácter más dramático, deja de relatar los sucesos y pasa

a reaccionar ante ellos. Por último, con los asesinatos y la lucha con Clitemnestra y Egisto, el movimiento se hace envolvente y el Coro no sólo reacciona ante los acontecimientos sino que, también con el movimiento, participa en ellos. El indudable acierto de este sistema se traduce en sostenimiento del interés a lo largo de toda la acción.

Por otro lado, la vigilancia de la directora sobre la voz de cada uno de los actores permite que la dicción sea clara y efectiva, y los tonos correspondan siempre a las exigencias de cada parlamento. A su dirección, espléndida en todos sentidos, sólo podría reprochársele un cierto descuido en el tratamiento escénico de la figura de Clitemnestra, cuyos movimientos y tonos no corresponden a la figura de la reina. Sin embargo, puede decirse que la dirección trasciende ampliamente las características experimentales del grupo y demuestra que en Pilar Souza tenemos una magnífica directora.

Entre los actores destacan Yolanda Guillomain, que interpreta a Casandra con una intensidad y una riqueza de recursos admirables, y casi todos los integrantes del Coro, cuyo desempeño es notable. Claudia Millán, como Clitemnestra, cumple discretamente, pero no tiene el dominio de la voz y el cuerpo suficientes para proyectar debidamente la figura de la reina. Oscar Chávez se ve demasiado tieso como Agamenón. Y Roberto Dumont proyecta con bastante corrección a Egisto. Pero en cualquier forma, todas las limitaciones son las que cabría esperar en un grupo experimental y el nivel general de la puesta en escena supera ampliamente las características de este tipo de representaciones, alcanzando una altura muy superior a la de cualquiera de nuestros teatros "profesionales".

La escenografía de Nils Castro da marco adecuado a la representación y contribuye a hacer efectivo el sentido del movimiento escénico, por lo que debe considerarse excelente.

El vestuario cae demasiado dentro del cliché típico de túnicas y armaduras "griegas", y es un poco monótono de color; pero no llega a entorpecer jamás el desarrollo de la representación.



Agamenon.—Una excelente representación